TRATADO XV

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

CAPITULO PRIMERO

Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Medios para conservarla. — Remedios contra las tentaciones deshonestas.

§ I

STA es la voluntad de Dios, — dice San

Pablo, — vuestra santificación: que os abstengáis de la deshonestidad; que sepa cada uno de vosotros guardar su cuerpo santa y honestamente... Porque no nos ha llamado Dios á la inmundicia, sino á la santidad '... Si San Pablo llama santidad á la pureza, nuestro Señor la llama virtud celestial y de ángeles; y en realidad, ninguna otra nos hace tan parecidos á los ángeles como ella, haciéndonos vi-

2. Agrada á Dios tanto esta virtud, que al

vir en la carne como si no la tuviésemos.

cales à les aggeles como elle, haciendones vi-

^{1 1} Thes., IV, 7.

hacerse hombre quiso nacer de una virgen consagrada convoto de castidad. Además, San Juan
Evangelista fué preferido á los demás Apóstoles
en el amor porque fué virgen, y este mismo Santo vió en el cielo á los que guardaron virginidad en compañía del Cordero, al cual seguían
adondequiera que iba, y cantaban un cántico
nuevo que nadie podía entonarsin ellos '. El mismo San Juan descansó en el pecho del Señor
en la noche de la última cena, y á él le encomendó Jesús, antes de morir, su santísima
Madre.

3. «Siete son, — dice Casiano 2, — los grados de esta virtud, por los cuales podemos subir hasta llegar à su perfección. El primero es que el hombre, estando despierto, no se deje vencer de ningún pensamiento ó movimiento deshonesto. El segundo, que no se detenga en tales pensamientos, sino que luego los deseche. El tercero, que no se mueva ó se altere, ni mucho ni poco, con la vista de personas de otro sexo. El cuarto, que no permita en si mismo ni un simple movimiento de la carne. El quinto, que cuando tenga que tratar ó estudiar acerca del vicio deshonesto, lo haga con ánimo quieto y no tenga más movimiento con el recuerdo de estas cosas que si tratara de edificar, sembrar, strevia a ver a una doncella; para que entenda

ó cosa semejante. El sexto, que ni aun durmiendo tenga ilusiones ni representaciones deshonestas. El séptimo, que ni velando ni en el sueño sienta ya ningunos movimientos que suelen venir por causas naturales. »

4. Los medios para guardar la castidad son los siguientes: Primero, mortificar nuestros sentidos, y especialmente la vista. «¿ Quiénes son éstos que vuelan como nubes, - decía un Profeta, - y como palomas se recogen á sus ventanas 1 »? «Son los justos,—dice San Gregorio, que se levantan de las cosas de la tierra, y como palomas se recogen, sin asomarse por las ventanas de sus sentidos para no ver lo que pasa en el mundo. » David se olvidó alguna vez de este recogimiento, detuvo sus miradas en una mujer, y la muerte penetró en su alma. - El santo Job, por el contrario, para evitar semejante desgracia, nos dice que hizo pacto con sus ojos de no ponerlos en objetos peligrosos. No nos dice que hiciese tal pacto con su entendimiento, porque bien sabía que por los ojos vienen los malos pensamientos, y que, teniendo guardados sus sentidos, también tendria guardado el corazón. Y este santo, que peleaba á brazo partido con el demonio, quedando vencedor en todos sus combates, no se atrevia à ver à una doncella; para que entenda-

I Apoc., XII.

² Collat., XII.

¹ Isa., LX, 8.

mos cuán necesaria nos es la modestia por más virtuosos que seamos. Senera su pour exibeled

5. «Mucho nos ayudan para ser castos la templanza, el silencio y la guarda de los ojos; mas aunque observemos las dos primeras, si no guardamos los ojos no será firme nuestra virtud, — dice San Efrén; — porque así como cuando se rompen los acueductos se derrama y pierde el agua que va por ellos, así cuando no recogemos la vista se pierde la castidad. »

right de comides du II get se geordaben de

6. El segundo medio para conservar esta virtud es hacer mucho caso de cosas pequeñas, pues quien las menosprecia poco á poco viene á caer en las grandes. - Es la castidad una virtud muy hermosa, no hay ninguna otra más tierna y delicada que ella; y así como un espejo muy brillante se empaña con el más ligero soplo, así aquella santa virtud pierde su hermosura y resplandor por cosas muy pequeñas. Por esto debemos huir de ellas con sumo cuidado; porque así como la llama deja rastro de si en dondequiera que toca, y cuando no quema á lo menos tizna y empaña, así también las más ligeras faltas contra la pureza, pues que despiertan imaginaciones, pensamientos ó movimientos desarreglados. Además es necesario no

olvidar que quien se echa por una pendiente resbaladiza, aunque piense no pasar de un punto señalado, con todo eso, el peso de su cuerpo y lo resbaladizo del terreno lo llevan más adelante; esto mismo sucede en lo que vamos diciendo. — Llevamos este preciosísimo tesoro de la castidad en un vaso de tierra, que con casi nada puede romperse; y así, es indispensable andar con mucho cuidado y diligencia para evitar nuestra ruina.

7. Los atletas que corrían en los juegos olímpicos, para no disminuir sus fuerzas se abstenían de comidas dañosas, se guardaban de la ociosidad y hacían frecuentes ejercicios corporales para conservarse con vigor, y esto para alcanzar un premio temporal y una corona corruptible; ¿ pues qué será razón que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y la eterna corona de la gloria?

8. El tercer medio para conservar la castidad es que manifestemos en la confesión las faltas más pequeñas contra la misma virtud; pues la vergüenza y humillación que por esto sentimos nos serán muy saludables, las amonestaciones y consejos del padre espiritual nos descubrirán los peligros que acaso no hemos advertido, despertarán en nosotros un saludable temor, y la gracia del Sacramento nos dará nuevas fuerzas.

9. El cuarto medio es evitar con mucho cui-

dado la pasión del amor, apartando todas las ocasiones que lo puedan excitar en nuestras almas, y esto aunque sea muy bueno y con personas de mucha virtud y santidad, y aunque el trato y la conversación sean de cosas espirituales y nos parezca que aprovechamos en el camino de Dios. Tengamos, pues, mucha cautela y recato, porque el amor espiritual fácilmente degenera y se convierte en carnal; pues el demonio hace en esto lo que dijo el maestresala de las bodas de Caná, que algunos ponen primero el buen vino y luego el peor; así, aquel enemigo de nuestra salud hácenos creer al principio que todo es devoción y espíritu, y cuando nos tiene ya rendidos descubre su ponzoña y nos prende en sus redes.

podemos usar contra las tentaciones deshonestas: primero, la oración, pues nuestro Señor nos ha dicho: « Velad y orad para que no caigáis en la tentación .» Y así como los ladrones huyen en oyendo voces, y todos se levantan y vienen á socorrernos, así el clamor de la oración espanta al demonio y llama á los ángeles para que nos auxilien. « Especialmente el pensamiento de la Pasión del Señor y el escondernos en sus llagas es el remedio más poderoso y eficaz contra estas tentaciones », nos

dice San Agustin. Digamos, pues, cuando seamos tentados: Mi Dios pende de un madero, donde sufre cruelísimos tormentos; ¿ly habré yo de entregarme á los deleites de la carne?

dad de las penas del infierno, en aquel para siempre jamás, durante el cual los réprobos serán atormentados por sucios deleites, que pasaron como sombra que se desvanece. De la misma manera pensemos en la amargura de la muerte, en el tremendo y espantoso juicio que tendrán los pecadores, ó bien consideremos cuán insensatos seríamos prefiriendo á las eternas delicias de la gloria unos pla ceres tan breves y tan vergonzosos como son los de la carne.

12. Para vencer las tentaciones de que hablamos mucho nos ayudará hacer la señal de la cruz en la frente y en el corazón, alabar los dulces nombres de Jesús, María y José, tener muy especial devoción á la santísima Virgen María, Reina de toda castidad y Madre de toda pureza, rezarle diariamente algunas oraciones y llamarla con humildad y fervor en la hora del peligro. Así también es muy bueno visitar muchas veces al santísimo Sacramento del altar, pidiéndole el auxilio de su gracia y, sobre todo, debemos recibirlo con frecuencia, porque él es el pan de los escogidos y el vino que engendra virgenes.

13. Otro remedio contra estas tentaciones es la mortificación de la carne, sujetándola con

¹ Matth., XXVI.

ayunos, cilicios, disciplinas y otras austeridades. Una persona pidió á Fray Gil, compañero del gran Patriarca de Asís, un remedio contra las tentaciones deshonestas, y el siervo de Dios le dijo: «¿Qué harías tú á un perro que viniese á morderte? — Tomaría una piedra ó un palo, y lo golpearia hasta lograr ahuyentarlo, — le contestó. — Pues hazlo así con tu carne, que te quiere morder, — repitió Fray Gil, — y huirá de ti la tentación. »

14. En lo que vamos diciendo sólo tenemos que advertir que en el uso de las penitencias corporales debemos ser prudentes y discretos, pero no melindrosos ni delicados; y para evitar que el amor propio nos engañe, consultemos con nuestro director y sigamos su parecer.

15. Algunas veces las tentaciones deshonestas que padecemos y los desórdenes de la sensualidad que experimentamos suelen ser reliquias de la mala vida pasada y castigo de nuestras culpas; en tal caso el remedio consiste en llorar nuestros pecados, reconociendo que bien merecemos aquel castigo, sufriendolo con paciencia y humillándonos bajo la mano del Señor, que nos castiga con mucha misericordia.

16. Recurramos á Dios nuestro Señor, desconfiando enteramente de nosotros mismos y poniendo toda nuestra confianza en la bondad divina, y así venceremos nuestras tentaciones. San Antonio Abad vió en espíritu que todo el mundo estaba lleno de lazos, y muy afligido preguntó al Señor quién se libraría de caer en ellos, y el Señor le contestó: « El humilde. » Pues seamos humildes y el Señor nos sacará victoriosos de todos los combates. Los altos montes son combatidos de las tempestades, los grandes árboles son los que arranca el viento; pero las débiles cañas, los mimbres y las humildes plantas, que se abaten é inclinan á una y otra parte, quedan en pie después del huracán.

17. Saquemos de estas tentaciones gran conocimento de nuestra indecible miseria, humillándonos profundamente al ver que tales cosas
pasan por nosotros, y digamos al Señor: «Ved,
Señor, quién soy yo; ¿qué puede dar de sí mi
carne corrompida sino esta fetidez intolerable?
Y esta tierra, ¿qué otra cosa puede producir
sino zarzas y espinas?» Decía el santo Fray Gil
que nuestra carne es como el animal inmundo,
que corre ansioso á hundirse en el lodo, y como
el escarabajo, que pasa la vida revolcándose en
el estiércol.

merecemos aquei castigo, sufriendolo con pre Lencia y numificadonos bajo la mano del Señor.

16. Recuttaines at hos questro Senor, des-

CHEROLOGICAL COLLUS TOSOITOS TRISTIOS VI

Value 1-ad refresence accuracy factor factor

Señor toda nues il OJUTIANO « porque aque hombre es dicheso — nos dice la Sagrada Bech

Nuevos remedios contra las tentaciones. — Ventajas del santo temor de Dios.

s vandar con poco tel & v cauteia pontue el

nos asalta, procuremos desviar la atención de aquello á que nos incita, sin examinar lo que nos dice, sino volviendo prontamente las espaldas y ocupándonos en otra cosa, y cuanto más prontos seamos en adoptar este medio, más pronta y completa será la victoria.

- 2. Podemos también afrentar al demonio, que nos sugiere tales tentaciones; pues siendo él tan soberbio como es, no puede sufrir que le humillen y desprecien. Un día se arrojó á los pies de San Antonio Abad un muchacho negro, sucio y asqueroso, lamentándose de que el Santo le hubiese escarnecido. Preguntóle San Antonio quién era, y él contestó: « Soy el espíritu de la impureza. De aquí en adelante, replicó el Santo, ningún caso haré de ti, pues eres cosa tan vil y desechada. » Y desapareció luego la visión.
- 3. Una de las cosas que más nos ayudará para ser castos y conservarnos en gracia de Dios

será el andar siempre con temor y recato, desconfiando de nosotros mismos y poniendo en el Señor toda nuestra confianza; « porque aquel hombre es dichoso,—nos dice la Sagrada Escritura, — que anda siempre con este santo temor. Y, por el contrario, lo que ha hecho dar grandes caidas aun á los santos ha sido fiar de si y andar con poco temor y cautela, porque el necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sabio anda con temor, y así se libra del mal '. »

4. Muchas personas fueron castas en su juventud, à peşar de las grandes tentaciones que tuvieron, porque vivian en gran temor y humildad, acudían á Dios, y su divina Majestad las defendía; pero después, con la larga posesión de la castidad, confiaron en sí mismas y cayeron luego miserablemente. ¿ A quién no atemoriza la caida de Jacobo el ermitaño, el cual, después de cuarenta años de rigurosa penitencia, siendo ya viejo y teniendo el don de milagros, ofendió al Señor por haber confiado de si mismo? Le llevaron una joven, de la cual arrojó él al demonio, y después de esto consintió en que se quedase en su compañía; fué tentado de impureza y sucumbió á la tentación, y después dió muerte á la joven y la arrojó en un rio, y desesperando de la misericordia de Dios

I Prov., XIV.

determinó entregarse á toda suerte de vicios y pecados, aunque, à pesar de esto, aquella divina y adorable misericordia no le faltó al fin de su vida.

5. Temamos, pues, de nosotros mismos, porque escrito está que la soberbia precede á la caida, y antes de la ruina se levanta el espíritu '. ¡ Ay de aquel que no ande siempre con este temor! Bien podemos llorar por él, que pronto caerà, pues el Espíritu Santo nos ha di cho: « Si no te mantienes siempre firme en el temor del Señor huyendo el peligro, guardándote de la ocasión, desechando luego el mal pensamiento y previniéndote para el combate. searruinarátu casa 2. » Y no nos engañemos diciendo que ni sentimos tentaciones ni tenemos peligro en tratar y ver con libertad, pues quiere el demonio que nos creamos seguros para después atacarnos de frente y vencernos con más facilidad. Y mientras mayores mercedes hubiésemos recibido del Señor con mayor cuidado debemos proceder, no olvidando que en esta vida no hay seguridad, que navegamos en un mar tempestuoso, que por todas partes nos cercan muchos enemigos y, por lo mismo, que aunque estemos en pie tenemos siempre que velar y estar sobre aviso para no perecer.

6. Felipe II, rey de España, dijo al Padre Araos, jesuita: « Me han dicho que los de la Compañía traen consigo una planta que tiene virtud para conservar la castidad; decidme, ¿ qué planta es ésa? » « Así es, señor, en verdad, — contestó aquel Padre; — esa planta es el temor de Dios, que hace huir á los demonios, como el pez de Tobías puesto sobre las brasas. » Tengamos. pues, este santo temor, porque al que teme à Dios, el Señor le conserva en medio de la tentación y le libra del mal, y su santo temor echa fuera el pecado; por esto su divina Majestad nos dice que lo guardemos hasta el fin de la vida '.

\$ 1

7. He aqui algunos bienes del temor de Dios. Este temor no causa desconfianza, ni desmayo, ni hace á los hombres cobardes ó pusilánimes, sino fuertes y muy confiados y animosos, porque toda su fuerza está en el Señor, y quien teme á Dios de nada temblará, pues El es su esperanza, y fuera de Dios nadie puede dañarle, ni el mundo, ni el demonio, ni el infierno, que nada puede hacer sin la licencia de

Prov., XVIII.

² Eccli., XXXII.

^{. 1} Ec.li., 11.

aquel Altísimo Dios, que es firme apoyo de los que le temen '.

8. El temor de Dios no causa congoja ni amargura de corazón, ni pena alguna ó fatiga; antes es dulcisimo y alegre, regala el alma, enternece el corazón, derrite las entrañas porque nos hace andar continuamente en actos de amor de Dios; es gloria y justo motivo de gloriarse, es alegría y corona de triunfo; nos da contento y gozo y larga vida, y al que teme al Señor, le irá felizmente en sus postrimerías y Dios le bendecirá en el día de su muerte. Este temor no nos hace temblar como á esclavos por miedo del tormento, pues nace del amor de Dios, y cuanto es mayor este amor tanto más tememos ofenderle y nos esforzamos á no causarle enojo.

9. Finalmente, todas las prerrogativas y excelencias que se dicen de la humildad y de la sabiduría las hallamos aplicadas al temor de Dios, al cual llaman los Padres ancora del corazón y guarda de las virtudes. La Santa Escritura se expresa en estos términos: « Oh, cuán grande es el hombre que ha adquirido la sabiduría y posee la ciencia! Pero nadie supera á aquel que teme á Dios. El temor de Dios se sobrepone á todas las cosas. Bienaventurado el hombre á quien ha sido concedido el don del

temor de Dios. ¿ Con quién compararemos al que lo posee '? »

10. San Juan Climaco refiere de un joven que llegó à tan alto grado de virtud que mandaba á las fieras y las obligaba á servir en el monasterio. Este joven, á quien San Antonio comparó con un navio cargado de ricas mercancias en medio del mar, y cuyo fin se ignoraba, cayó miserablemente; mas arrepentido después y estando llorando su pecado, mandó decir à San Antonio que rogara por él al Señor, y el Santo, sabiendo su caida, exclamó: «Una gran columna de la Iglesia ha caído hoy.» Pues si las columnas de la Iglesia llegan á caer, y aun los santos alguna vez se olvidan de la virtud, ¿ no tendremos por ventura nosotros sobrado motivo para temer por nosotros mismos, que ni somos santos ni columnas de la Iglesia? Nunca, pues, olvidemos el temor de Dios y que este temor nos salvará.

tiaro Eccli., XXV, 13. for the stages no resigns of articles all obtaineds are our stages of the continuous

aquel que teme à Dios. El temos de Djosse sos prepone a fodas las cosas, benaventurado el nombre de la cosas.

nombre a quien ha sido concedido el don del

Psalm. XXIV, 14.

² Eccli., 1.

Palm XXIV, 14

l (that